

estas rentas, quienes concluiran por no alarmarse con tales fluctuaciones, no resintiéndose de ellas mas que los que se vian obligados á vender los créditos suyos. Este era un inconveniente parcialísimo y al cual debían resignarse los que necesitaban de dinero.

Tal era la argumentacion especiosísima de Napoleón contra el ministro de Hacienda, argumentacion que se elevaba casi á verdadera, si la baja de estos bonos se pudiera limitar al diez, al doce y aun al quince por ciento. ¿Pero quién era capaz de decir donde pararía, en el caso de aventurarse á una emision de importancia? Esto era lo que monsieur Mollien temia y de lo que Napoleón no hizo caso alguno, pues dispuso que se esparcieran en París alrededor de treinta millones de bonos de la caja de amortizacion para el pago de los sumidistros, y en los departamentos alrededor de diez y ocho ó veinte millones de los mismos bonos para el pago de las requisiciones. De este modo se introducian algo forzosamente en la circulacion unos cincuenta millones. A fin de abrirle mas pronto la salida de la compra de bienes municipales, previno Napoleón al archicanciller Cambacères que ejerciera acto de autoridad sobre el consejo de Estado, y arrancara á la comision de lo contencioso, cuyas formas eran las mismas de la justicia, las cuestiones relativas á los bienes municipales, y las trasladara á la comision encargada de la administracion municipal, y dirigiera esta comision en persona, y despachara prontamente esta clase de negocios por medio de un exámen sumario y no interrumpido.

Napoleón, siempre en trabajo mental para el

alistamiento de hombres, despues de prestar este socorro algo violento á su hacienda, inventó conscripciones de nueva especie, con la esperanza de hacerlas tolerables, dándoles el carácter de urgencia y utilidad locales. Por ejemplo, hallándose amenazada la frontera de los Pirineos á causa de los últimos sucesos de España, ideó Napoleón levantar treinta mil hombres de las cuatro últimas clases en todos los departamentos situados desde Burdeos hasta Montpellier, á fin de libertar de invasion esta parte del territorio. Como el que los recién alistados iban á defender era el suyo, discurrió que en cierto modo era pedir á los campesinos que defendieran sus chozas, á los ciudadanos que defendieran sus propias ciudades, y que la urgencia de la necesidad haria enmudecer las quejas, pues no podría decirse, como de todos los alistamientos de aquel tiempo, que Napoleón tomaba los hombres, para llevarlos á morir junto al Elba ó al Oder en servicio de su ambicion. Habiéndole parecido ingeniosa la idea, quiso aplicarla á los departamentos del Norte y del Este, siempre dirigiéndose á los departamentos de la antigua Francia, los cuales sufrían de veinte años atrás todo el peso de la guerra, y pedirla unos sesenta mil hombres, bajo el mismo pretexto de peligro local y apremiante. Pero como estas conscripciones debían concluir por asemejarse á una general muy pronto, y por causar el mismo efecto, resolvió Napoleón aplazar la segunda de dos á tres meses. Solo llamó sin demora alguna á los treinta mil hombres pedidos á los departamentos próximos á los Pirineos.

Estas providencias, civiles unas, militares otras, concebidas la mayor parte antes del viage á

Maguncia, fueron allí inmediatamente resueltas ó especialmente examinadas con los agentes llegados de la capital de Francia, para ser definitivamente decretadas en Dresde. Añadiendo Napoleon á este trabajo el de revistas continuas de tropas, y de inspecciones de material no interrumpidas, poco tiempo le fué dado dedicar á su esposa, si bien la colmó de testimonios de cariño, testimonios sinceros al par que calculados, á fin de que la nueva guerra con Austria no inspirase á la opinion pública nada erróneo acerca de un matrimonio que siempre consideraba útil á su política, y á fin de dejar al emperador Francisco bajo el peso de las mismas obligaciones respecto de su hija, pues le excusaba menos de ser buen padre, mostrándose personalmente buen esposo. Fuerza es decir tambien que cedía á la inclinacion de su corazon mismo, porque le conmovia el afecto que inspiraba sin duda á esta noble hija de los Césares, y correspondíala hasta el punto que se le permitian las vastas y fuertes distracciones de su alma. Hasta queriendo contemplarla, no la dijo lo muy positiva y formal que debia ser la guerra; y dejola partir con dudas sobre este asunto, al propio tiempo que, escribiendo á Milan al príncipe Eugenio, á Danzick al general Rapp y al mariscal Davout á Hamburgo, les confesó lo que habia de cierto, intimándoles que se encontraran prevenidos para el 17 de agosto. Deseando además proporeionar á la emperatriz una distraccion agradable, y predisponerla hasta donde fuera posible contra las crueles inquietudes de entonces, la prescribió un viage por el Rhin de Maguncia á Colonia, que debia hacer enmedio de los homenajes de las poblaciones de ambas riber-

ras, determinando además que, despues de pasar algunos dias en Paris, emprendiera otro viage á Normandia, para presidir en Cherburgo la imponente ceremonia de la introduccion de las aguas del Occéano en la célebre dársena comenzada en el reinado de Luis XVI y terminada bajo el suyo. Y llevó su atencion hasta el extremo de recomendar al príncipe Cambacéres que la hiciera partir antes de la expiracion del armisticio, para que no tuviera conocimiento de las hostilidades hasta muchos dias despues de su ruptura, y quizá tras de algun gran suceso adecuado á tranquilizarla. De esta suerte queria distraer, consolar y hacer que amase Francia á esta jóven, madre y tutora de su hijo, regente del Imperio, destinada á reemplazarle, si llegaba á sucumbir al golpe de una bala enemiga. ¡Ah, por qué los siniestros presentimientos de que daban prueba tan delicadas atenciones no contribuyeron á vencer la obstinacion fatalísima, á la cual iba á sacrificar su hijo, su esposa, su trono y su persona!

Despues de pasar del 26 de julio al 4.º de agosto al lado de Maria Luisa, la abrazó en presencia de toda su córte, y dejándola anegada en llanto, se puso en camino hácia Franconia. Ya habia inspeccionado en Maguncia á las divisiones del mariscal Augereau, que se acababan de formar á orillas del Rhin. En Wurzburg se hallaban dos de las divisiones del mariscal Saint-Cir, actualmente en marcha hácia el Elba, y que debian tomar la posicion de Koenigstein. Le parecieron excelentes, bastante bien instruidas, y animadas de los sentimientos que podian desearse. Visitó la plaza de Wurzburg, la ciudadela, los almacenes, en suma el esta-

blecimiento militar todo entero, del cual pretendia hacer uno de los puntos mas importantes de su linea de comunicaciones: desde alli se dirigió á Bamberg y á Bayreuth, donde vió sucesivamente las otras divisiones del mariscal Saint-Cir y las divisiones bavaras destinadas á formar parte del cuerpo de Augereau. Despues de fijar sus ojos investigadores en todas las cosas, expidió las órdenes precisas é hizo los estímulos necesarios, volvió á marchar á Erfurt, y llegó á Dresde el 4 por la noche. Desde muy temprano se hallaba el dia 5 en pie y con las manos á la obra, estrechado como estaba á emplear útilmente los últimos dias del armisticio.

Con la vista de las tropas que habia inspeccionado en el camino y con sus incesantes meditaciones sobre el plan de la próxima campaña, acrecentóse su confianza en su ejército y en su genio. Al ver próximo el momento de la terrible lucha, reflexionando acerca de sus eventualidades, y haciendo memoria de cuán fácilmente arrostraban sus soldados la muerte, de cuán felices combinaciones hallaba su mente en lo mas recio del peligro, alli donde no encontraban mas que faltas que cometer sus adversarios, no sabiéndose dar cuenta de las pasiones generosas que habia excitado en contra suya, y cuyo ardimiento podia compensar la direccion poco hábil entre sus enemigos, sentia interiormente cierta especie de calor de alma que animaba toda su persona, que centelleaba en sus ojos, y que le daba el aspecto del regocijo, de la esperanza y de la osadía. Asombrados se mostraban sus lados, y de resultas estaban mas zozobrosos que alegres los de mas seso (1).

(1) Veanse las singulares palabras escritas por Mr. de

Vivas como nunca habian llegado á ser las instancias de Mr. de Caulaincourt y de Mr. de Narbonne dirigidas á que se les invistiera con poderes, para tratar de un modo sério, el dia mismo de la llegada de Napoleon á Dresde. Manifestóse molestado por ellas, y reconvino á los dos negociadores por haberse dejado estrechar demasiado de cerca por Mr. de Metternich, segun su dicho. Falto de orgullo los encontraba al permitir que el ministro austriaco les manifestase que en tal ó cual caso se uniria Austria á los enemigos de Francia para declararle la guerra, como si hubiera ofensa en anunciar francamente lo que se haria, si no eran otorgadas ciertas condiciones. A tanto llegaba en

Basano á Mr. de Vicencio, y que demuestran lo que damos aqui por seguro: «Mañana parte el emperador é irá á dormir á Bautzen.... Aqui estamos en expectativa de los sucesos y con la mejor esperanza. Todo el ejército se halla en movimiento: donde quiera se nota confianza: ni el rey de Sajonia, ni su familia abandonan á Dresde.... S. M. no quiere próroga de armisticio y está pronto á la guerra. Lo está mas que el Austria: no tiene motivos de aguardar por sus subsistencias, y no quiere perder un tiempo precioso y dejar que se le meta así en el invierno....» (con efecto ya habia renunciado Napoleon á la próroga del armisticio, y no queria mas que dilatar la entrada en acción del Austria)... «Nuestra posicion es conocida por Mr. de Bubna, quien llegará mucho antes que el correo portador de este despacho.» «No se ha ocellado á Mr. de Bubna la secreta alegría que experimenta S. M. al hallarse en circunstancias tan árduas, si bien dignas de su genio.... S. M., que fia en la Providencia, entrevé los grandes designios que ha fundado sobre su persona. Sus planes están fijamente acordados, y por donde quiera no descubre mas que motivos de confianza.» (Despacho de Mr. de Basano al señor duque de Vicencio, enviándole sus plenos poderes con fecha de 15 de agosto de 1815).

Napoleon la embriaguez del poderío que no quería que se osara hablar de declararle la guerra, como de cosa natural y aun inevitable en ciertos casos. Pretendía que no se hiciera esto mas que temblando, lo cual se verificaba sin duda, que no se hablase de ello mas que con cierta especie de temor respetuoso, como de una desgracia, cuya posibilidad casi no se concebía. Pero despues de estas reprimendas, tan poco merecidas como fuera de su lugar entonces, se ocupaba de cosa mas seria. Al cabo de la dificultad experimentada para prorogar el armisticio la vez primera, ya no creia posible que se prorogara nuevamente, y además se encontraba pronto a la lucha. En adelante seria el tiempo mas provechoso para sus enemigos que para su persona, y le urgia descargarles el golpe antes del invierno: Un deseo solo tenia en materia de aplazamientos, y se limitaba á dilatar la entrada en accion del Austria, lo cual le conviniera mucho, pues así lograra la posibilidad de abrumar separadamente á los rusos y á los prusianos, y de revolver de seguida sobre los austriacos para intimidarlos é impedirlos tomar partido, ó destrozarlos á su turno. Pero no habia mas que un modo de disponer al Austria á semejante conducta, y era la apariencia de una negociacion sincera y aun de fundadísimas esperanzas de una solucion pacífica. De consiguiente Napoleon adoptó la determinacion de realizar el pronostico de Mr. de Metternich, quien habia dicho que, con un carácter extraordinario como el suyo, no se debía desesperar de nada, y que acaso el último dia y á última hora saldría de esta negociacion un desenlace venturoso, á pesar de ser al presente ilusoria hasta el extremo de re-

sentirse de ofensiva. Mientras los plenipotenciarios continuaban perdiendo el tiempo en discusiones pueriles sobre la forma de las negociaciones, decidióse á encargar secreta y exclusivamente á Mr. de Caulaincourt de una comunicacion formal al Austria, como á la única potencia con la cual fuera posible entonces una negociacion directa. Si resultaba la paz de semejante paso, Napoleon no habia de sentirlo, con tal de que se segregaran las condiciones á que no asentia de ningun modo, y se lisonjeaba de que tal vez se prestase el Austria á proceder en este sentido, si bien a la hora suprema, cuando se viera definitivamente colocada entre la paz y la guerra. Por tanto fijó las condiciones que se debian presentar confidencialmente á Mr. de Metternich en esta forma. Hechos estaban en su mente y en la opinion general los sacrificios del gran ducado de Varsovia, de España y de Iliria, y ya no envolvian ninguna novedad punzante para su orgullo: además no debian costar nada al territorio del imperio, pues ni la Iliria habia quedado mas que eventualmente en nuestras manos, y jamás fué incorporada al territorio constitucional de Francia. Lo que se le hacia á Napoleon cuesta arriba, según ya hemos dicho, era rehacer mas grande despues de su defeccion á la Prusia, renunciar al título de protector de la Confederacion del Rin llevado con ostentacion ya hacia muchos años, y por último abandonar á Lubeck, Hamburgo, Brema, ciudades agregadas al territorio francés en virtud de senatus-consultos. En su concepto cada uno de estos sacrificios le presentaba como vencido á los ojos del mundo, pues necesario era que lo estuviese para galardonar una defeccion, para recons-

tituir fuera de su influjo a Alemania, y para abandonar una parte de lo que denominaba territorio constitucional del Imperio. segun ciertas palabras de Mr. de Bubna, que á impulsos del deseo de promover la paz atenuaba sus dificultades; habia pensado Napoleon que tal vez á última hora determinaria al Austria á concederle estos puntos importantes, ó que al menos, dejándola entrever una negociacion sincera, se podria negociar al mismo tiempo de batirse, cosa que implicaria la vuelta á las hostilidades con los prusianos y los rusos, y un nuevo aplazamiento con los austriacos.

A tenor de estos datos, y con la prescripcion de guardar secreto para con Mr. de Narbonne, á fin de que la negociacion tuviera carácter de mas intimidad todavía, ordenó á Mr. de Caulaincourt que se presentara á Mr. de Metternich, le asaltara de improviso y á quema ropa, y le dijera que se trataba de aprovechar los cinco dias restantes para asegurarse del fondo de las cosas, especialmente en lo relativo al Austria; que se pedian á ésta francamente las condiciones bajo las cuales entraria con Francia en negociacion ó en guerra; que se la estrechaba á declarar al punto estas condiciones sin divagar inútilmente; que era muy corto el tiempo que aun quedaba para perderlo en vulgares sutilezas; que por tanto convenia enunciar con la mayor exactitud lo que se queria, para que con exactitud idéntica se pudiese responder y sin demora, por un sí ó por un no. Mr. de Caulaincourt debia hacer notar á Mr. de Metternich hasta qué punto era esta negociacion secreta, puesto que Mr. de Narbonne la ignoraba; y debia insistir en que fuera desconocida para los plenipotenciarios ruso y prusiano,

siano, aun en el caso en que llegasen á estar acordados. Con efecto, bastaria reproducir en la negociacion oficial las condiciones estipuladas secretamente con Austria en la negociacion oculta, á fin de que fuesen adoptadas; y como al cabo quedaba para negociar no solo hasta el 10 de agosto, sino hasta el 17, si se respondia acto continuo á la actual proposicion enviada el 5 de Dresde, y que debia llegar el 6 á Praga, y de la cual se podia tener contestacion el 7, cabia en lo posible que el 9 se enterara Mr. de Metternich de la adhesion definitiva de Francia á las ideas de Austria; y que de este modo y cabalmente la vispera de su disolucion se diera de improviso al congreso un carácter inesperado de formalidad y eficacia.

Desgraciadamente, al dirigir por último á Austria esta abertura, tardía aunque no sin esperanza de buen suceso, añadió Napoleon una nota por demás ofensiva para la negociacion de oficio, como que se decia en ella á las claras que las dificultades de forma suscitadas por los representantes de las potencias beligerantes revelaban su verdadero designio, que no era otro que el de arrastrar al Austria á la guerra, sirviéndose para conseguirlo ó de su mala fé ó de su engaño, suposiciones todas tan poco lisongeras para los unos como para los otros. Mrs. de Caulaincourt y de Narbonne debian entregar juntos á Mr. de Metternich esta extraña nota, y despues de entregada, Mr. de Caulaincourt debia coger á Mr. de Metternich aparte; y de hacerle la proposicion de que se acaba de dar cuenta, avistándose con él á solas.

De Dresde partieron el 5 de agosto los despachos comprensivos de órdenes tan contradictorias,

llegaron el 6 á Praga, sorprendieron á Mr. de Caulaincourt sobremañera, y le llenaron de gozo mezclado de tristeza por desgracia, pues con los pocos días ya restantes desesperaba de llevar á buen término esta negociacion *in extremis*, y por otra parte la nota oficial hacia temer un escándalo que dañara mucho al éxito de sus afanes. Esta nota, destinada á ver la luz pública, ofendió á Mr. de Metternich, quien manifestó lo mucho que temia su efecto, así de parte de su soberano como de las córtes de Rusia y Prusia: pero su asombro fué extremado, cuando, despues de dejarle los dos plenipotenciarios franceses, tornó á ver á los pocos minutos á Mr. de Caulaincourt en su casa, llevándole con gran secreto una comunicacion tan importante como se ha dicho. Tan tardía era y tan acostumbrado estaba á desesperar de las intenciones de Napoleon acerca de la paz, que se le hizo muy dificultoso creer que fuese sincera, y solo este motivo le impidió entregarse á la alegría que sintiera y manifestara en otro caso. De seguida expresó su sentimiento de que no se hubiera intentado este paso algunos dias antes, pues, sin violar el secreto recomendado, fuera posible entonces sondear á Prusia y Rusia acerca de algunos puntos delicados, y llegar á la conciliacion de las dificultades, que verosimilmente dividirian á las córtes beligerantes. Sin embargo, puesto que se pedian al Austria las condiciones, que apoyaria con toda su influencia, y cuya adopcion estaria resuelta á exigir por parte de Rusia y de Prusia, iba á consultar á su soberano, y esperaba responder en el término de veinte y cuatro horas.

Efectivamente, Mr. de Metternich dirigióse á

Brandeis, residencia actual del emperador Francisco, hallóle muy irritado como todos lo estaban en Praga por consecuencia de la nota oficial del 6 de agosto, y le produjo una sorpresa igual á su ira, al noticirle el paso inesperado del primer negociador francés. Todo lo extraordinario cuádraba perfectamente al caracter impetuoso é imprevisto de Napoleon, pero un paso de tan pacíficas apariencias, é inventado á última hora, naturalmente daba margen á la desconfianza. El emperador Francisco y su ministro discurrieron acerca de si por parte de Napoleon era un acto de fuerza ó de astucia, de si con miras elevadas sabia al fin imponer silencio á su orgullo para llegar á un avenimiento con las potencias europeas, ó queria provocar alguna exigencia excesiva por parte de los coaligados, para poder usar ante el público frances un argumento que le justificara de haber preferido la guerra á una paz humillante. Reconocieron que en ambos casos convenia responder sin vacilaciones, pues, si deseaba la paz, se le debian explicaciones francas, y si trataba de provocar una proposicion inadmisibile, importaba confundirle, dirigiéndole las condiciones ya fijadas hacia tiempo y que de seguro no encontraria deshonrosas la Francia. Estas condiciones estaban tan indicadas, cuando se queria reconstituir la Alemania, y devolver con este objeto alguna fuerza á la Prusia, que no era posible introducir ninguna variante. Segun hemos repetido muchas veces consistian en la reparticion del gran ducado de Varsovia, sobre cuya suerte habia ya fallado la fortuna en Moscou, y la mayor parte del cual debia de volver á Prusia; en la abolicion de la Confederacion del Rhin contra la que reclamaba

toda la Alemania, para no depender de una autoridad extranjera, y en el restablecimiento de las ciudades anseáticas, contra la que se clamaba asimismo para recuperar su comercio, y últimamente en la restitución de la Iliria, consentida por Napoleón ya hacia tiempo, y vivamente deseada por Austria, á fin de proporcionarse algunas salidas al mar. Todo esto era tan necesario para que Alemania volviese á hallar alguna independencia, quedando sin embargo muy expuesta aun á la influencia de Napoleón, que conservaba á Maguncia, Colonia, Wesel, Gornum, el Texel y la Westfalia, que no se podía imaginar ni proponer otra cosa. Se habia platicado lo suficiente con Rusia y Prusia para tener seguridad de su adhesión á estas bases, y restableciéndose las ciudades anseáticas, apareciendo Napoleón determinado del todo al sacrificio de España, se abrigaba la certidumbre de atraer á la paz á Inglaterra, que no queria continuar sola en guerra con Francia. De consiguiente resolvióse dar á conocer á Napoleón las condiciones de que se trata, y que á mayor abundamiento no eran nuevas, exigiendo el secreto que él habia exigido, y pidiendo una respuesta dentro de cuarenta y ocho horas, porque despues del 10 de agosto por la noche, ya no seria tiempo.

Vuelto Mr. de Metternich el 7 á Praga, de pronto fué llamado otra vez á Brandeiss por su soberano, que se sintió poseído de una vacilación repentina antes de prestarse á estas comunicaciones particulares. Pero bien examinado todo, el emperador y su ministro persistieron en lo acordado, y despues de perdido un dia por desgracia, llevóse la respuesta á Mr. de Caulaincourt, siempre sin que

Mr. de Narbonne lo supiera. Mr. de Metternich le dijo que su soberano se habia preguntado, si éste paso tan inesperado como tardío de Napoleón era un acto de fuerza ó de astucia; que, si era un acto de fuerza, segun se complacia en pensarlo de su yerno, le debia una respuesta franca; y que, si era un paso de astucia, tampoco juzgaba oportuno omitir la respuesta, ya que sus condiciones eran tales que se podian publicar á la faz del mundo, y particularmente de Francia. Por tanto le hizo la declaración verbal que sigue, autorizándole para transmitirla sin demora, y tras de dictársela por sí propio. Tanta es su importancia que vamos á reproducirla á la letra.

INSTRUCCIONES PARA EL CONDE DE METTERNICH FIRMADAS POR EL EMPERADOR FRANCISCO.

«Mr. de Metternich pedirá al duque de Vicenza, bajo su palabra de honor, que su gobierno guarde el secreto mas absoluto sobre la cuestión de que se trata.

«Conociendo por explicaciones previas y confidenciales las condiciones, que para llegar á ajustes pacíficos establecen al parecer las córtes de Rusia y de Prusia, y uniéndome á sus puntos de vista, pues juzgo estas condiciones como necesarias al bienestar de mis dominios y de otras potencias, y como las únicas que puedan conducir á la paz general de seguro, no titubeo en enunciar los artículos que abarcan mi *ultimatum*.

» guardo un sí ó un no durante el dia 10 de agosto.

» Resuelto estoy á declarar el dia 11, segun se

hará por Rusia y por Prusia, que se halla disuelto el congreso, y que junto mis fuerzas á las de los aliados para conquistar una paz compatible con los intereses de todas las potencias, y que desde entonces haré abstracción absoluta de las condiciones actuales, sobre las que decidirán en lo venidero las armas.

»Ninguna de las proposiciones, que se hagan despues del día 11, se podrá enlazar á la negociacion presente »

Condiciones bajo las cuales juzga el Austria la paz hacedera.

«Disolucion del ducado de Varsovia y su reparticion entre Austria, Rusia y Prusia, y consiguiente adjudicacion de Danzick á esta última potencia.

»Restablecimiento de Hamburgo y de Lubeck como ciudades libres anseáticas, y ajuste eventual y enlazado á la paz general sobre las otras porciones del 32.º distrito militar, y sobre la renuncia al protectorado de la Confederacion del Rhin, á fin de que la independencia de todos los soberanos actuales de Alemania se encuentre bajo la garantía de todas las grandes potencias.

»Reconstruccion de Prusia con una frontera sostenible junto al Elba.

»Restitucion de las provincias iliricas al Austria.

»Garantía reciproca de que tal como se fije por la paz el estado de posesion de las grandes y pequeñas potencias, no podrá ser alterado ni perjudicado por ninguna.»

Despues de esta comunicacion de tanta importancia, que da al traste con todas las mentiras, aventuradas por ciertos narradores sobre este asunto, añadió Mr. de Metternich algunas explicaciones de gravedad extremada. Asi dijo que hasta el 10 de agosto se mantendria el Austria sin compromiso respecto de las potencias beligerantes; que hasta entonces podria tratar confidencialmente con Napoleón, segun lo hacia ahora, y adoptar varias de sus proposiciones, y hasta imponerlas á las córtes coaligadas, á las cuales no le ataba ningun tratado; pero que á contar desde el día 11, estaria ligada con ellas, no podria dar oídos á nada sin comunicárselo al punto, y se veria obligada á no admitir ninguna proposicion de paz sino con su acuerdo.

Muy sería atencion merecian tales observaciones, pues la diferencia existente entre tratar el 10 y el 11 ó el 12, consistia en depender solo del Austria, que deseaba la paz á causa de temer la guerra, ó en depender de las potencias beligerantes, que no querian la paz á causa de que esperaban mas de la guerra, y que participaban de todas las pasiones de entonces. Al trasladar exactamente el duque de Vicencio las comunicaciones recibidas, acompañólas con nuevas instancias expresadas en el lenguaje mas selecto y sentido.

«Señor, decia á Napoleón, quizá cueste algo esta paz á vuestro amor propio, pero nada á vuestra gloria, pues nada cuesta á la verdadera grandeza de Francia: os ruego que concedais esta paz á Francia, á sus sufrimientos, á su noble adhesion hácia vuestra persona, á las circunstancias imperiosas en que os hallais. Dejad que pase esta fiebre

de irritacion contra nosotros, que se ha apoderado de toda Europa, y que excitarán en vez de aplacar hasta los mas decisivos triunfos. Os lo suplico, añadia, no por el vano honor de firmarla, sino por la certeza en que estoy de que nada podeis hacer mas útil á vuestra patria, ni mas digno de vos y de vuestro gran carácter.»—Se va á ver qué efecto iban á producir estas nobles súplicas de un corazon noble.

La respuesta llevada por Mr. de Metternich y transcrita el dia 8, no podia estar á la vista de Napoleon hasta el 9, y no lo estuvo realmente y eso á las tres de la tarde. Se necesitara que, suscribiendo á los sacrificios solicitados y que no eran mas que sacrificios de amor propio, segun dijo Mr. de Caulaincourt perfectamente, se resolviera sin tardanza y despachase la respuesta el mismo dia 9 por la tarde, á fin de que llegando á la mañana siguiente á Praga, con los poderes para Mr. de Caulaincourt, se pudieran firmar las bases de la paz antes del 10 á media noche. Por desgracia Napoleon no hizo nada de esto. Ante todo no quiso creer en aquella situacion del Austria, libre hasta el 10 de agosto á media noche, y comprometida desde esta hora, y dependiente de la voluntad de sus nuevos aliados en vez de depender solo de la suya; é imaginó que este era un vano lenguaje diplomático de que se hacia uso para intimidarle, ó apresurar sus determinaciones. No importándole mucho por otra parte evitar la guerra á costa de sacrificios, que le eran desagradables por extremo, creyendo por una deplorable confianza en sus fuerzas, no se dió prisa á tomar y á hacer notorias sus resoluciones. Todo el dia lo empleó en decidirse,

pensando que ejecutarlo el dia 10 seria demasiado pronto; que, no debiendo empezar nuevamente las hostilidades hasta el 17 de agosto, habia tiempo de entenderse de sobra; que Austria haria lo que quisiera de sus aliados, tanto el 10 como el 11 ó el 12, á tal de que fuera antes del 17, y que asi podia permitirse veinte y cuatro horas de reflexion sin el menor tropiezo. Veinte y cuatro horas empleó de consiguiente, no en luchar consigo propio, sino en lisonjearse, en dejar que pasara el tiempo crítico de la negociacion de este modo. ¡Y él que tantas veces habia aprovechado el instante propicio sobre el campo de batalla, que habia debido á esta prontitud en resolverse sus mas insignes triunfos, ahora iba á desperdiciar el momento político mas importante de su reinado! ¿Y qué hacia Mr. de Basano durante estas horas fatales? ¿Como no pasaba aquella noche á los pies de su soberano, repitiéndole de viva voz las ardientes y patrióticas súplicas de Mr. de Caulaincourt! Aun cuando para vencerle fuera necesario adular insensatamente su indómito orgullo, y persuadirle de que, aun despues de una paz de esta especie, seria mas poderoso que nunca, mas poderoso que antes de Moscú, al proferir Mr. de Basano semejantes lisonjas, se mostrara adulador patriótico y útil y se aproximara mas á la verdad que dejando creer á Napoleon que la gloria consistia en no ceder nunca.

Pero nada oyó Napoleon parecido á esto, y durante estas horas escasas, horas que se llevaron su grandeza, y la nuestra tambien por desgracia, no oyó mas que el eco de sus propias ideas. Despues de manejar y de revolver toda la noche sus estados de tropas con Mr. de Basano, y de persuadirse de